

Abriendo caminos hacia el futuro de la vida religiosa

Conferencia de **Mons. Santiago Agrelo, ofm, arzobispo de Tánger**, pronunciada en Barcelona el 9 de mayo de 2015 con motivo de la Fiesta Mayor de la Vida Consagrada, organizada por la **Unió de Religiosos de Catalunya (URC)**, en la que participaron más de 500 religiosas y religiosos. El texto, en su mayor parte, había sido publicado en "Vida Religiosa", diciembre 2014, núm 10, vol. 117.



Tardaremos tiempo -¿cuánto tiempo más?- en caer en la cuenta de que, mientras creíamos estar trabajando por la renovación de la vida religiosa, en realidad no hacíamos otra cosa que derrochar energías en mantener lo viejo, en vestirlo de seda, en pasarlo una y otra vez por el esteticista.

Lo peor que podía habernos pasado hubiese sido tener éxito en semejante intento¹.

No se trata de volver a ser ‘muchos’, sino de dejarnos hacer por el Espíritu de Dios para que seamos en la Iglesia lo que él quiere, y realicemos la tarea que él nos confía.

El futuro de la vida religiosa no se lee en las líneas de nuestras tradiciones ni en las vísceras de nuestras estructuras, sino en el evangelio y en el corazón de quienes se convierten y creen en él.

“La teología de la vida religiosa se enfrenta al problema de reconstruir su identidad y sus tareas en un nuevo marco eclesial, a la luz de la promoción del laicado y ante una nueva concepción de la santidad, la perfección y la relación entre la naturaleza y la gracia”².

Pudiéramos pensar que esa tarea no es para nosotros, que han de ser nuevas generaciones las que busquen caminos nuevos; si nos engañase esa tentación, estaríamos apuntándonos a morir de tristeza, y dejaríamos de lado uno de los objetivos más hermosos que la fe nos está señalando.

De qué hablamos cuando decimos «vida religiosa»:

La Iglesia te ve así:

Hablamos de personas adultas, hombres y mujeres que, por la profesión de los consejos evangélicos, son llamados a dar en medio del mundo una «visibilidad» **típica y permanente** a Cristo virgen, pobre y obediente³, de modo que “la Iglesia, por medio de ellos, muestre **cada vez mejor** a Cristo: lo muestre en oración en el monte, anunciando a las gentes el Reino de Dios, curando a los enfermos y lisiados, convirtiendo a los pecadores en fruto bueno, bendiciendo a los niños, haciendo el bien a todos, siempre obediente a la voluntad del Padre que lo envió”⁴.

Hablamos de hombres y mujeres que por la práctica de los consejos evangélicos intentan seguir **con mayor libertad** a Cristo e imitarlo **con mayor precisión**⁵, hombres y mujeres que consideran el seguimiento de Cristo como **regla suprema** de sus vidas⁶, y la búsqueda de la caridad perfecta como **opción primera y principal** para ellos⁷.

¹ “Las grandes guerras y las crisis económicas favorecieron el reclutamiento de nuevos religiosos, por lo que prácticamente crecieron todas las congregaciones... Paradójicamente, el éxito demográfico y organizativo, generado en el último cuarto del siglo XIX, se convirtió en un lastre para la evolución. Como había muchas vocaciones, no se sentía la necesidad de cambiar... El crecimiento numérico se convirtió en un alegato teológico para legitimar la viabilidad y perennidad de sus estructuras y tradiciones, favoreciendo el inmovilismo y la carencia de innovación”: J. A. ESTRADA, *Religiosos en una sociedad secularizada. Por un cambio de modelo*. Ed. Trotta (Madrid 2008) 57-58.

“Quizás la crisis actual de la vida religiosa capacite más para el evangelio que el triunfalismo y la seguridad de las etapas anteriores”: Cf. J. A. ESTRADA, *Religiosos en una sociedad secularizada*, 112.

También el éxito remite a “las dinámicas de poder y de prestigio en las que se enredaron los discípulos de Jesús”: Cf. J. A. ESTRADA, *Religiosos en una sociedad secularizada*, 73.

² Cf. J. A. ESTRADA, *Religiosos en una sociedad secularizada*, 62.

³ Cf. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Vita Consecrata* (=VC) 1.

⁴ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia (=LG) 46.

⁵ Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Perfectae Caritatis* (=PC) 1.

⁶ PC 2, a.

⁷ PC 1.

Hablamos de hombres y mujeres que, mediante los votos u otros vínculos sagrados, hacen “una **total consagración** de sí mismos a Dios, amado sobre todas las cosas”⁸, hombres y mujeres que, “en los monasterios, o en las escuelas y hospitales, o en las misiones, hermocean a la Esposa de Cristo con perseverante y humilde fidelidad, y prestan a todos los hombres los más generosos y variados servicios”⁹.

De todo eso hablamos cuando decimos «vida religiosa» si a la pregunta sobre ella buscamos respuesta en el magisterio de la Iglesia¹⁰.

Tú te ves así:

Pero vosotros conocéis otras respuestas, menos teológicas y más interiorizadas, que amenazan con apagar la luz de la esperanza en los corazones de muchos religiosos y cegar en sus vidas el manantial de la alegría.

Desde un análisis de la situación que se supone objetivo, cuando decimos «vida religiosa», estaríamos hablando de hombres y mujeres cuya forma tradicional de vida ha entrado en crisis manifiesta, pues se han multiplicado los abandonos¹¹; han disminuido las vocaciones¹²; los que quedamos, tenemos delante de nosotros un puñado de días, un ocaso irremediable, que no parece ser sólo nuestro ocaso sino el de las instituciones a las que pertenecemos.

⁸ LG 44.

⁹ LG 46.

¹⁰ Habréis observado que el magisterio, al referirse a la vida religiosa, se vale de fórmulas que intentan darle una identidad dentro de cuerpo de la Iglesia.

Esas fórmulas, J. A. Estrada las considera de compromiso, y las resume en lo que él llama «teología del más»: “de manera especial”, “mejor”, “de total consagración”, “del sólo Dios”, “de modo particular”, “más íntimamente”, “asemeja más”, “más de cerca”, “inmediata”, “de consagración indivisa”, “más libre”, “perennemente”: Cf. J. A. ESTRADA, *Religiosos en una sociedad secularizada*, 71.

Si se lee el nº 44 de la constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, hallamos en él, explícitos o implícitos, una letanía de “más”.

La pregunta es: ¿Significa eso que la vida religiosa representa en la Iglesia un status de superioridad con relación a los que no son religiosos?

Juan Antonio Estrada piensa que sí. Yo pienso que se puede interpretar así; pero que son posibles otras interpretaciones. Cuando el libro de los Hechos se refiere a Bernabé y Pablo como “hombres que han entregado su vida al nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Hch 15, 26), no creo que los presente como superiores a nadie; simplemente los reconoce por lo que manifiestan ser dentro de la Iglesia. A la mente vienen las recomendaciones de Pablo sobre los célibes: “Os digo todo esto para vuestro bien, no para poner una trampa, sino para induciros a una cosa noble y al trato con el Señor sin preocupaciones” (1 Cor 7, 35).

¹¹ J. R. CARBALLO, Crisis de la vida religiosa, en *L'Osservatore Romano*, 29 de octubre de 2013: Nuestro dicasterio, en cinco años (2008-2012), ha dado 11.805 dispensas: indultos para dejar el instituto, decretos de dimisión, secularizaciones ad experimentum y secularizaciones para incardinarse en una diócesis. Se trata de una media anual de 2361 dispensas.

La Congregación para el Clero, en los mismos años, ha dado 1188 dispensas de las obligaciones sacerdotes y 130 dispensas de las obligaciones del diaconado. Son todos religiosos: esto da una media anual de 367,7. Sumando estos datos con los otros, tenemos lo que sigue: han dejado la vida religiosa 13.123 religiosos o religiosas, en 5 años, con una media anual de 2624,6. Esto quiere decir 2,54 cada 1000 religiosos. A estos habría que agregar todos los casos tratados por la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Según un cálculo aproximado pero bastante seguro, esto quiere decir que más de 3000 religiosos o religiosas han dejado cada año la vida consagrada. En el cómputo no han sido insertados los miembros de las sociedades de vida apostólica que han abandonado su congregación, ni los de votos temporales.

¹² J. R. CARBALLO, Crisis de la vida religiosa, en *L'Osservatore Romano*, 29 de octubre de 2013: Desde hace tiempo se habla de “crisis” en la y de la vida religiosa y consagrada. Y para justificar este diagnóstico frecuentemente se recurre al número de los abandonos, que agudiza la ya de por sí alarmante disminución de vocaciones que golpea a un gran número de institutos y que, si continúa así, pone en serio peligro la supervivencia de algunos de ellos.

Esa respuesta, que parece la única realista y que, por eso mismo, tanto daño nos hace, ahonda sus raíces en una tierra que, se supone, los religiosos debiéramos haber abandonado cuando nos pusimos en camino con Cristo Jesús. Esa respuesta nace en la tierra de nuestras posibilidades, de nuestros proyectos, de nuestras opciones, de nuestras aspiraciones, de nuestras prioridades, de nuestros pesos y medidas, de nuestra idea de éxito. Esa respuesta nace en eso que el Señor, cuando llama a Abrán, designa como “tu tierra nativa, la casa de tu padre”¹³.

Doy gracias a Dios por el fracaso de nuestros intentos de llenar nuestras casas con nuevas generaciones destinadas a mantener un modelo de vida religiosa que no encaja en la nueva situación del mundo y de la Iglesia.

Doy gracias a Dios porque es él quien nos ha exilado –quien nos está exilando- de toda forma de poder social y eclesial¹⁴, y nos está llamando a la marginalidad, a la no visibilidad, a servir, que es la única forma de seguir a Cristo Jesús¹⁵.

No piensen que pretendo disimular los datos que ofrece la realidad. Sería algo así como ignorar que “un centenario” no se hace la ilusión de tener un hijo, y que, a los noventa, una mujer no está en condiciones de experimentar alegrías por maternidad.

La enorme diferencia entre el realismo de los patriarcas y el nuestro es que, a Abrahán, su realismo le dejó en los labios una oración y una sonrisa por el buen humor de su Dios¹⁶; a Sara, que orillaba detrás de la puerta de la tienda, le dejó una risa a gusto, aunque educadamente “se rió por lo bajo”, para que los huéspedes no se molestaran¹⁷; pero a ti te deja un mal cuerpo que no veas, pues todas tus células van gritando que te has hecho vieja - ¡vieja vida religiosa!- y te has quedado sin hijos y sin esperanza. Tu realismo es deprimente, porque sueñas hijos que no son los que Dios te ofrece, y no crees en los que sólo él te puede dar. Te sueñas poderosa con hijos numerosos, y has dejado de ver y agradecer el poder de Dios manifestado en tu debilidad.

Así te veo yo:

Así que bueno será que te hable de lo que yo veo cuando digo «vida religiosa».

No me lo reprocharéis si tomo como modelo de ‘vidente’ al autor inspirado de esta narración: “Los israelitas marcharon de Ramsés hacia Sucot: eran seiscientos mil hombres de a pie, sin contar los niños; y les seguía una turba inmensa... La estancia de los israelitas en Egipto duró cuatrocientos treinta años. Cumplidos los cuatrocientos treinta años, el mismo día, salieron de Egipto los escuadrones del Señor”¹⁸.

Hago mío ese modo de ver las cosas porque, lejos de cualquier pretensión de realismo, pero muy cerca de la verdad, el autor sagrado describe el nacimiento¹⁹ de Israel como pueblo de Dios. Como él vio a Israel, así veo yo a la «vida religiosa»: un pueblo en camino hacia el futuro que Dios le ofrece. Si, con realismo, constatas lo pequeño que es ese pueblo, no dejes de verlo, con fe, más numeroso que las estrellas del cielo y las arenas de las playas marinas; si ves lo limitado de tus posibilidades, no dejes de ver lo que el Señor quiere realizar contigo; si eres consciente de tu esterilidad, no dejes de creer en el que es la fuente de la vida²⁰.

¹³ Gn 12, 1.

¹⁴ Cf. J. A. ESTRADA, *Religiosos en una sociedad secularizada*. 114.

¹⁵ Cf. J. A. ESTRADA, *Religiosos en una sociedad secularizada*. 113.

¹⁶ Cf. Gn 17, 17.

¹⁷ Cf. Gn 18, 11-12.

¹⁸ Ex 12, 37-41.

¹⁹ Abrahán y Sara volvieron a reír, porque su Dios volvía a andar metido en los líos de un parto imposible.

²⁰ Sin haber entrado todavía en el tema que se me ha propuesto, ya estamos hablando de esa experiencia de Dios desde la que salimos a la misión.

Recuerda cómo vio el Señor al ejército de Gedeón, cuando le dijo: “Es mucha la gente que está contigo, como para que yo entregue a Madián en tu mano. No vaya a engreírse Israel ante mí, diciendo: «Mi mano me ha salvado»”²¹. Aunque no puedo asegurar que nuestro Dios y Señor haya visto de la misma manera al ejército de la «vida religiosa», puedo, sin embargo, sospecharlo, y haréis bien en no descartar esa mirada divina sobre los datos que ofrece a vuestra consideración el realismo de los análisis: puede que Dios, cribándonos, esté reclamando la gloria que sólo a él le corresponde.

Si así fuese, permitidme sospechar que, en el proceso de adelgazamiento de esta armada, todavía no hemos pasado de la primera fase, la que apartaba de la empresa a quien tuviese miedo y temblase²²; y que, en esta hora, el Señor nos está haciendo bajar a la fuente en la que, por el modo de beber, se ha de discernir quiénes y cuántos serán los que se enfrenten al enemigo.

¡El modo de beber!: “Gedeón hizo que el pueblo bajara a la fuente, y el Señor le dijo: «A todo el que beba lamiendo el agua con la lengua, como lame el perro, lo pondrás aparte, y lo mismo a cuantos doblen la rodilla para beber». El número de los que lamieron el agua llevándola con las manos a la boca fue de trescientos. El resto de la gente dobló la rodilla para beber agua. El Señor declaró a Gedeón: «Os salvaré con los trescientos hombres que han lamido y entregaré a Madián en tu mano»”²³.

Volvemos a las diferencias, que no a las superioridades.

Esto es lo que veo cuando digo «vida religiosa»: Hombres y mujeres que han sido llamados a hacer visible en su debilidad, en su pequeñez –en su realidad-, la gloria de Dios. Y que nadie piense que esto se dice como consuelo para tiempos de hambre, pues si los religiosos, numerosos o escasos, jóvenes o viejos, sanos o enfermos, dejasen de verse como pobres en los que Dios manifiesta su gloria, se verían –y tal vez sea eso lo que ha sucedido- como poderosos que se valen por sí mismos, engreídos que van diciendo: “Mi mano me ha salvado”²⁴.

Podéis en este contexto recordar el motín de Israel en Refidín, lugar que Moisés rebautizó con los nombres de Masá y Meribá, “a causa de la querrela de los hijos de Israel y porque habían tentado al Señor, diciendo: «¿Está el Señor entre nosotros o no?»”²⁵. Imagino que “lamer el agua como lamen los perros” puede ser un signo de fe en el Señor, cuando todo invita a ‘querellarse’.

Así veo yo la «La vida religiosa», la que es, la real: como un regalo de Dios a la Iglesia – con lo cual digo que en la gracia de Dios está su principio-, y es en la Iglesia, por la evidencia de la pobreza y de la fe, una evidencia de la gloria de Dios –con ello digo que la gloria de Dios es su fin-.

De qué hablamos cuando decimos «salir a la misión»:

No se trata de oficios, servicios, cargos, empleos, trabajos, obras, tareas... Todo eso se expresa en plural, y es signo de poder; mientras que la misión de la que aquí hablamos es una sola, única, y lo es, no porque no conocemos otra, sino porque no cabe otra; y está transida en todo por el no poder.

²¹ Jue 7, 2.

²² Cf. Jue 7, 3: “Se volvieron veintidós mil del pueblo y quedaron diez mil”.

²³ Jue 7, 5-7.

²⁴ Jue 7, 2.

²⁵ Ex 17, 7.

Cuando decimos «misión»:

No sabremos identificar esa misión única si no la ponemos en relación con el **único designio salvador de Dios**, designio que se nos ha revelado en la obra maravillosa de la creación y en la obra aún más asombrosa de la redención: “A todos los elegidos, el Padre, desde la eternidad, los conoció y los predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo para que éste sea el primogénito de muchos hermanos”²⁶.

Para llevar a término ese designio divino, para esa misión única, “vino el Hijo, enviado por el Padre, que nos eligió en él antes de la creación del mundo y nos predestinó a ser en él hijos adoptivos, porque quiso que todo tuviera a Cristo como Cabeza”²⁷.

Él “comenzó su Iglesia con el anuncio de la Buena Noticia, es decir, de la llegada del Reino de Dios”. Este Reino se manifiesta a los hombres en las palabras y en las obras de Jesús de Nazaret. Pero, ante todo, se manifiesta en la propia persona de Cristo, Hijo de Dios e Hijo del hombre, que vino a servir y a dar su vida en rescate por muchos²⁸. Él es a la vez el enviado y la misión.

Así pues, si hablamos de misión, hablamos de designio eterno de Dios, hablamos del Hijo enviado por el Padre a llevar a término aquel designio de salvación, hablamos del Espíritu enviado a santificar continuamente a la Iglesia, de modo que los creyentes puedan ir al Padre a través de Cristo en el mismo Espíritu²⁹.

Esta Iglesia, este “pueblo unido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”³⁰, recibe “la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios, y establecerlo en todos los pueblos, Reino del que ella constituye en la tierra el germen y el comienzo”³¹.

Es Cristo resucitado quien la envía, al anochecer del día de la resurrección: “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”³².

Y ella, creyente, bautizada, ungida y transformada, acepta la misión a la que es enviada por su Señor, acepta esa única misión que es Cristo Jesús, y la acepta al modo de Cristo Jesús. Ella, constituida místicamente en cuerpo de Cristo continúa en el mundo misión y modo del que es su Cabeza. Ella, animada por el Espíritu Santo, que es el único y el mismo en la Cabeza y en el cuerpo, se entrega a la misión de Cristo Jesús, al modo de Cristo Jesús.

El modo es inseparable de la misión: “Así como Cristo realizó la obra de la redención en la pobreza y la persecución, también la Iglesia está llamada a seguir el mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación. Cristo Jesús, a pesar de su condición divina... se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, y por nosotros se hizo pobre a pesar de ser rico... La Iglesia... no existe para buscar la gloria de este mundo, sino para predicar, también con su ejemplo, la humildad y la renuncia. Cristo fue enviado por el Padre a anunciar la Buena Noticia a los pobres... a sanar a los de corazón destrozado, a buscar y salvar lo que estaba perdido. También la Iglesia abraza con amor a todos los que sufren bajo el peso de la debilidad humana, más aún, descubre en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y sufriente, se preocupa de aliviar su miseria y busca servir a Cristo en ellos”³³.

La misión ahonda sus raíces en la encarnación del Hijo, en su abajamiento desde la condición divina hasta lo hondo de la condición humana, hasta la muerte, hasta la muerte de cruz. El Hijo fue enviado desde el Padre, y fue enviado así, por ese camino que es el camino del Enviado, el camino del que es para nosotros “camino, verdad y vida”. Fuera de ese camino se desvanece la misión.

²⁶ LG 2.

²⁷ LG 3.

²⁸ LG 5.

²⁹ Cf. LG 3-4.

³⁰ LG 4.

³¹ LG 5.

³² Jn 20, 21. Cf. LG 17.

³³ LG 8.

Ésta es la misión de la Iglesia, y éste es también el camino de la Iglesia. Es el pueblo de Dios el que es enviado, todo él está llamado a participar en la misión, todos hemos de recorrer ese camino; pero cada uno lo ha de hacer según los talentos recibidos, según la vocación a la que es llamado, según el carisma con que ha sido agraciado³⁴, pues “hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos”³⁵. Unos son los ministerios que el Espíritu del Señor asigna a los ministros ordenados³⁶, otras son las tareas que “pertenecen especialmente a los laicos”³⁷, y otras aún las que son prioritarias para algunos cristianos clérigos y laicos, llamados por Dios a gozar de un don particular en la vida de la Iglesia y a contribuir, cada uno a su manera, a la misión salvadora de ésta³⁸.

Identificados ante los demás por la profesión de los consejos evangélicos, los religiosos se identifican ante sí mismos, en su intimidad, porque han dado a sus vidas un horizonte de **totalidad**: de entrega **total** al servicio de Dios –de entrega **total** a la misión recibida-, y de amor a Dios por encima de todo.

En las palabras de Jesús de Nazaret al joven rico ya se vislumbra ese horizonte de **totalidad** que pertenece al corazón del estado religioso, y que implica entrar por el camino de Jesús, bajar con Jesús, desposeerse de lo que se tiene para seguirle a él: “Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme”³⁹.

Vale la pena recordar las otras dos versiones del relato.

La de Mateo enlaza la llamada que se hace al joven con la perfección de la ley promulgada en el sermón de la montaña. Allí se había dicho: “Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”⁴⁰. Al joven rico se le dice: “Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes, da el dinero a los pobres –así tendrás un tesoro en el cielo- y luego ven y sígueme”⁴¹.

La de Lucas resalta la **radicalidad** del empobrecimiento, pues dice: “Todavía te falta una cosa: vende **todo** cuanto tienes y distribúyelo a los pobres –y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme”⁴².

Y los tres hacen referencia a un tesoro en el cielo, un tesoro que sólo podrá tener quien renuncie a los bienes que posee en la tierra⁴³.

La participación de los religiosos en la misión de la Iglesia es inseparable de su opción radical por la pobreza, por el camino de abajamiento de Jesús, hasta traspasar con él las fronteras de la muerte de cruz.

Cuando decimos «salir»:

El primer sentido que da el Casares al verbo “salir” es el de “pasar de la parte de adentro a la de afuera”; y el segundo, como si se tratase de algo que se deduce de ello con naturalidad, es el de “partir” o “marcharse de un lugar a otro”⁴⁴.

³⁴ La misión a la que nos envía el Espíritu de Dios es vínculo de unidad entre los discípulos de Jesús y constituye un fundamento sólido para sus relaciones mutuas.

³⁵ 1 Cor 12, 4-6.

³⁶ Cf. LG 18-29.

³⁷ Cf. LG 30-38.

³⁸ Cf. LG 43.

³⁹ Mc 10, 21.

⁴⁰ Mt 5, 48.

⁴¹ Mt 19, 21.

⁴² Lc 18, 22.

⁴³ Esa referencia evoca la enseñanza de Jesús: “No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y la carcoma los roen y donde los ladrones abren boquetes y los roban. Hacedos tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni carcoma que los roen, ni ladrones que abren boquetes y roban. Porque donde está tu tesoro, allí estará tu corazón” (Mt 6, 19-21).

⁴⁴ J. CASARES, *Diccionario ideológico de la lengua española*. 2ª Ed. (Barcelona 1971).

Ambos sentidos están presentes en el mandado del Señor a Abrán: “Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré... Abrán marchó como lo había dicho el Señor”⁴⁵.

Pero la fe intuye que, en esa narración bíblica, hay más que un cambio de lugar desde un punto de partida a uno de llegada. Y ese algo más lo conlleva la irrupción de Dios en la escena cotidiana del hombre: Dios habla, Dios llama, y su palabra, que tiene forma de imperativo y de propuesta, la tiene también de compromiso y de promesa: “Haré de ti una gran nación, te bendeciré, hará famoso tu nombre y serás una bendición”⁴⁶.

He dicho fe, he dicho Dios, y se entiende que hablamos de esa experiencia de Dios desde la que el hombre sale a su misión. En el principio de esa experiencia está siempre la iniciativa de Dios: su llamada, su promesa, su fidelidad. Abrán no habría podido salir hacia su destino de bendición si antes no hubiese salido a su encuentro un Dios que habla.

Sin iniciativa de Dios, sin palabra de Dios que interpele al hombre, sin escucha de la palabra –sin obediencia a la palabra-, se podrá ir de un lugar a otro, como salió de Ur de los caldeos Teraj, con su hijo Abrán, con su nieto Lot, con su nuera Saray⁴⁷, pero no habrá salida a la misión que Dios confía a sus enviados cuando los llama.

Si te sitúas en el punto de partida –en el «desde dónde» te pones en camino-, observarás que, antes de que se muevan tus pies, habrá de moverse tu corazón, tu voluntad, todo tu ser, como dejó expresado el que escribió: “Por la fe **obedeció** Abrahán a la llamada y **salió** hacia la tierra que iba a recibir en heredad”⁴⁸. No habrá salida a la misión sin obediencia a la llamada.

«Salir» desde la contemplación:

Ahora, si no queremos que la frialdad de los razonamientos agoste la vitalidad de la experiencia, hemos de buscar en la contemplación la ayuda que necesitamos para adentrarnos en ese misterio de fe que es la llamada a «**salir**».

Salir a la misión como Abrán:

Vamos a intentar leer la vocación de Abrán a la luz de la historia de salvación que sigue a aquella llamada.

Del relato de la ‘vocación de Abrahán’ impresiona lo que tiene de invitación a traspasar fronteras: “El Señor dijo a Abrán: _Sal de tu tierra nativa y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré”⁴⁹.

Del misterio que es Dios viene la llamada. Desde Dios, desde su misterio, llega el sonido de ese imperativo interior que interpela la libertad del hombre: “Sal de...”. Sal de lo conocido, lo definido, lo delimitado: “Tu tierra... la casa de tu padre”.

Esa llamada que te arranca a lo que considerabas controlado y medido –a lo que en realidad te controlaba y medía-, te proyecta más allá de ti mismo, más allá de tus posibilidades, más allá de tu horizonte cotidiano. Esa llamada te ‘des-tierra’ de tu mundo, pero no te abandona a la frustración del sinsentido o al abismo de la nada, sino que te encamina hacia el futuro de Dios, hacia el futuro que es Dios.

⁴⁵ Gn 12, 1. 4.

⁴⁶ Gn 12, 2.

⁴⁷ Cf. Gn 11, 31.

⁴⁸ Heb 11, 8.

⁴⁹ Gn 12, 1.

He dicho Dios, el que es indecible, el que es impensable. Y sin embargo, en la vida del creyente, Dios es presencia tan concreta como sus promesas: “Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre... A tu descendencia le daré esta tierra”⁵⁰.

Y tú, creyente, sabes que si entras por el camino de las promesas de Dios, estás atravesando “a pie enjuto” las fronteras del misterio. Tú sabes que, más allá del mar que te cerraba el paso, te esperan “tribus de estrellas” que nunca terminarás de contar. Sabes que más allá de la tierra de tus servidumbres te espera, dispuesto como una mesa con pan del cielo y agua de la roca, el desierto por el que ir hacia otra tierra, que mana leche y miel. Sabes que más allá de tu mundo de muerte te espera una ley de vida, que es camino hacia la libertad para los esclavos, hacia el derecho para los oprimidos, hacia la paz para los atribulados.

La palabra que te des-tierra de lo que conoces, no te condena a la oscuridad de lo ignoto, sólo te empuja hacia la luz de lo inefable. Tú no te mueves hacia lo oculto, sino que caminas en esperanza hacia lo que tu Dios te ha manifestado. Tú no dejas atrás lo que desprecias –puede que hayas dejado lo que estimabas más valioso para ti-; sino que sales en busca de lo que vas a recibir en herencia, lo que tu Dios te ha prometido.

Por la fe, has situado tu vida en las fronteras del misterio. Por la fe, te has hecho en la tierra extranjero y peregrino⁵¹.

Tal vez la primera forma de vida religiosa que el mundo necesita conocer sea la de los hombres y mujeres que, entregados a la contemplación, escrutan el corazón de la esperanza, las profundidades de Dios. Ellos son exploradores de lo inefable, centinelas del misterio, desterrados que cantan la belleza de la patria “saludada de lejos”.

Lo que solemos llamar “vocación de Abrán” es el preludio de una alianza, es **la anunciación de un nacimiento**.

No encontrarás en esa llamada un imperativo despótico, un mandato vejatorio, una orden superior, sino sólo una propuesta, una invitación, un ofrecimiento, una palabra que invita, un horizonte que atrae.

Cuando en la Escritura lees que “Abrán marchó como le había dicho el Señor”, entiendes que Abrán creyó lo que se le había dicho, se fió de quien se lo había dicho, reconoció en quien le había hablado el poder de hacer lo que le había prometido, y, al ponerse en camino, confesó la fidelidad de Dios a la palabra pronunciada.

Allí donde lees: “Abrán marchó como le había dicho el Señor”, tú entiendes que Abrán estaba empezando a recorrer el camino que lo llevaría a la gracia de la alianza⁵². Aunque lees: “Abrán marchó”, aunque entiendes que está emigrando un hombre, tu fe vislumbra que **se está gestando el naciendo un pueblo** que será de Dios y de Abrán, porque nace de la palabra que Dios dice, y de la fe del hombre que la escucha. Aunque lees: “Abrán marchó”, esas palabras son para ti el borrador de un “hágase”, que oirás en otra anunciación: “hágase en mí según tu palabra”⁵³.

Algo te dice que, también para la vida religiosa, “**salir a la misión**” ha de ser mucho más que ponerse a recorrer caminos que llevan de un lugar a otro. Tu “salida a la misión” ahonda sus raíces en una palabra escuchada y un “hágase”. También tú confías en tu Dios, confiesas su fidelidad, y “sales” para heredar una bendición y ser bendición.

Cuando “Abrán marchó, como le había dicho el Señor”, intentaría imaginar la tierra que Dios le iba a mostrar, la nación que de él se había de hacer, el renombre que había de tener, la bendición que había de ser. Aquel día también fue para Dios día de imaginar y soñar, como imagina un padre al hijo que le va a nacer.

⁵⁰ Gn 12, 2.

⁵¹ Cf. Heb 11, 13.

⁵² Cf. Gn 15.

⁵³ Lc 1, 38.

Cuando “Abrán marchó”, para él y para Dios empieza una historia de esperanzas y zozobras⁵⁴.

Aquel día empieza la historia de Israel, la de Jesús, la de la Iglesia, nuestra propia historia de hijos de Dios y de la fe de Abrán⁵⁵.

Salir a la misión como María de Nazaret:

Los tiempos se están haciendo últimos, y el interlocutor de Dios en esa hora de la salvación es una doncella.

El evangelista Lucas, al mostrárnosla, describe lo que pudiéramos considerar “su tierra”, “su patria”, “la casa de su padre”, su mundo familiar, su proyecto de futuro:

“El ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María”⁵⁶.

Esa joven virgen va a ser llamada a vivir otro futuro, a realizar otro proyecto, a hacer suyo el proyecto de Dios.

En las manos frágiles de una mujer que, según la ley habría de ser apedreada⁵⁷, es donde Dios pone la culminación de la historia, el cumplimiento de su designio eterno de salvación, la llegada de los tiempos a su plenitud. Es manifiesta la desproporción entre las obras de Dios y las posibilidades de la mujer por medio de la cual tales obras se van a realizar. Y esa desproporción, no la disminuyen sino que la aumentan la vocación y los dones que la acompañan, pues una y otros son del Señor y, si resaltan la grandeza de sus obras, resaltan al mismo tiempo la humilde pequeñez de su esclava:

“El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”.

⁵⁴ Israel visto como un niño:

Con lenguaje lleno de humanidad, el profeta describe sueños y desilusiones en el corazón de Dios:

“Cuando Israel era joven lo amé y de Egipto llamé a mi hijo.

Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí: sacrificaban a los baales, ofrecían incienso a los ídolos.

Pero era yo quien había criado a Efraín, tomándolo en mis brazos; y no reconocieron que yo los cuidaba.

Con lazos humanos los atraje, con vínculos de amor. Fui para ellos como quien alza a un niño hasta sus mejillas. Me incliné hacia él para darle de comer” (Os 11, 1-4).

Israel visto como mujer amada:

“Por aversión te arrojaron a campo abierto el día que naciste. Yo pasaba junto a ti y te vi revolviéndote en tu sangre, y te dije: sigue viviendo, tú que yaces en tu sangre, sigue viviendo. Te hice crecer como un brote del campo. Tú creciste, te hiciste grande, llegaste a la sazón. Tus senos se afirmaron y te brotó el vello, pero continuabas desnuda. Pasé otra vez a tu lado, te vi en la edad del amor; extendí mi manto sobre ti para cubrir tu desnudez. Con juramento hice alianza contigo y fuiste mía. Te lavé con agua, te limpié la sangre que te cubría y te ungué con aceite. Te puse vestiduras bordadas, te calcé zapatos de cuero fino, te ceñí de lino, te revestí de seda. Te engalané con joyas: te puse pulseras en los brazos y collar en tu cuello. Te puse un anillo en la nariz, pendientes en las orejas y una magnífica diadema en tu cabeza. Lucías joyas de oro y plata, vestidos de lino, seda y bordado; comías flor de harina, miel y aceite; estabas cada vez más bella y llegaste a ser como una reina... Pero tú, confiada en tu belleza, te prostituiste” (Ez 16, 5-13. 15).

La relación de Dios con Israel es una historia de esperanzas y zozobras.

⁵⁵ Tal vez convenga recordar que la misión de Abrán es su participación en la única misión, cumplida en Cristo Jesús. Abrán vio el día de Cristo Jesús, pues participó en su misión.

⁵⁶ Lc 1, 26-27.

⁵⁷ Las palabras del relato de la anunciación, “a una virgen desposada con un hombre”, reproducen el texto de Dt 22, 23: “Si una joven virgen está desposada con un hombre y otro la encuentra en la ciudad y se acuesta con ella, sacaréis a los dos a la puerta de esa ciudad y los lapidaréis hasta que mueran”.

Si viésemos ahí, además de un saludo, una invitación a la alegría, esa invitación estaría justificada por la revelación que las palabras hacen de la **pequeñez agraciada**⁵⁸ de la mujer a quien se dirigen. Cuando la fe de la mujer haya acogido tan asombrosa revelación, desde su corazón, desde su **pequeñez enaltecida**⁵⁹, subirá hasta el cielo un cántico al Poderoso que en ella ha hecho obras grandes⁶⁰.

Esa **pequeñez bendecida**⁶¹ que justifica la invitación a la alegría y reclama e inspira un cántico de alabanza, es la **“experiencia de Dios”** desde la que **“saldrá”** a su misión María de Nazaret.

De Abrán, el autor sagrado había escrito: “Abrán marchó como le había dicho el Señor”.

De María, el evangelista nos dejó una confesión de obediencia a la palabra del Señor: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”⁶².

Si de Abrán se dijo que **“salió”**, y nosotros entendimos que **“obedeció”**; de María, se dice que **“obedeció”**, y todos entendemos que, con su **“hágase”**, ella **“salió”** hacia la tierra que su Dios le había de indicar, hacia la misión que se le confiaba, hacia el futuro que Dios quería crear con ella.

Salir a la misión al modo de Cristo:

Abrán obedeció saliendo; María salió obedeciendo. Considera ahora el camino por el que va a su misión la Palabra encarnada, el Hijo de Dios, el mediador de la salvación, Cristo Jesús: “El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, **se despojó** de sí mismo tomando la condición de **esclavo**... se humilló a sí mismo, **hecho obediente** hasta la muerte, y una muerte de cruz”⁶³.

También él **“sale”**, también él se pone en camino al modo de Abrahán, también él obedece al modo de María. Pero las palabras de la revelación cristológica te permiten intuir la profunda relación que hay entre **“salir”** y **“ofrecerse”**, entre camino y entrega, entre obediencia y sacrificio, entre abajamiento y salvación.

La Carta a los Hebreos así lo interpretó: “Es imposible que la sangre de los toros y los machos cabríos quite los pecados. Por eso, al entrar él en el mundo, dice: Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: He aquí que vengo para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad”⁶⁴.

El camino del Hijo empieza en Dios, sale del corazón de Dios, y algo te dice que también Abrán y María, antes de salir de su tierra, antes de abandonar su proyecto, han salido de Dios, porque eran proyecto de Dios para el hombre, eran bendición de Dios sobre el hombre, eran gracia de Dios para los necesitados de salvación.

Ese camino se recorre bajando, se recorre en la obediencia, se recorre poniendo la vida entera sobre el altar de un **“aquí estoy”**, de un **“heme aquí”**, de un **“he aquí que vengo para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad”**.

¿A dónde nos ha llevado el camino de la contemplación? A la experiencia de Dios que ya habíamos intuido como necesaria al principio de la reflexión: **La participación de los religiosos en la misión de la Iglesia es inseparable de su opción radical por la pobreza, por la kénosis, por el camino de abajamiento de Jesús, hasta traspasar con él, obedeciendo, las fronteras de la muerte de cruz.**

⁵⁸ María es “La-llena-de-gracia”.

⁵⁹ En María “el Poderoso ha hecho obras grandes”.

⁶⁰ Cf. Lc 1, 46-55.

⁶¹ De María, el Espíritu Santo dice: “¡Bendita tú entre las mujeres!”: Lc 1, 42.

⁶² Lc 1, 38.

⁶³ Flp 2, 7.8.

⁶⁴ Heb 10, 4-7.

A esa experiencia, en Jesús de Nazaret, en su cuerpo que es la Iglesia, y en esa forma particular de ser Iglesia que es la vida religiosa, la hemos llamado encarnación, empobrecimiento, **descenso hasta el campamento de los pobres**. Y eso nos hace intuir que **la experiencia de Dios** desde la que salimos a la misión, tiene mucho que ver con **la experiencia de la injusticia** que padecen los pobres.

“Lo que «sale» de la boca de Dios”:

La expresión “toda palabra que sale de la boca de Dios” nos la hizo familiar el relato de las tentaciones de Jesús según el evangelio de Mateo⁶⁵.

En ese relato, Jesús responde al tentador con palabras entresacadas de un texto del Deuteronomio, que decía: “Él (el Señor) te afligió, haciéndote pasar hambre, y después te alimentó con el maná, que tú no conocías ni conocieron tus padres, para hacerte reconocer que no solo de pan vive el hombre, sino que vive de **todo cuanto sale de la boca de Dios**”⁶⁶.

Tú me has preguntado: “desde qué experiencia de Dios –desde dónde- sale a la misión la vida religiosa”; y yo, por lo que puedo intuir del misterio de la Iglesia, por lo que puedo conocer de ese modo especial de ser Iglesia que es la vida religiosa, y por lo que puede decirme del misterio de Dios su revelación, te diría que la vida religiosa, como la Iglesia, “sale de la boca de Dios” para que el hombre viva, “sale de la boca de Dios” para que en el camino de los pobres no se apague la luz esperanza.

En el contexto del Deuteronomio, se entiende que de la boca de Dios sale el maná. En el contexto del evangelio de Mateo, de la boca de Dios sale su palabra. Y en ese mismo evangelio se dice que “lo que sale de la boca, brota del corazón”⁶⁷, entendiéndolo por corazón lo que es más nuestro de nosotros mismos. En ese sentido, maná y palabra, que salen de la boca de Dios para su pueblo, salen de su corazón.

Y así veo a la Iglesia, y en ella a la vida religiosa: son palabra y maná que salen del corazón de Dios, que van de Dios al desierto donde el hombre sufre, de Dios al campamento de los pobres, al camino de los excluidos, al lugar donde yacen los que han perdido la esperanza; palabra y maná que, por ser de Dios, lo hacen presente, son sus mensajeros y su mensaje, son sacramentos de su amor.

Quien os recibe a vosotros, palabra y maná que sale de la boca de Dios, lo recibe a él; y quien a vosotros os rechaza, lo rechaza a él.

Porque salís de Dios para el hombre, corréis la suerte de los dones de Dios: se os puede menospreciar, ignorar, rechazar, como los israelitas despreciaron el maná⁶⁸, como los de su propia casa despreciaron al Verbo de Dios que los visitaba⁶⁹.

Ésa es vuestra misión y vuestra gloria, pero encierra también la gravísima responsabilidad de ser para el hombre la palabra que Dios ha pronunciado, el pan que Dios ha preparado, la luz que Dios ha encendido para que alumbre a todos los de la casa, la sal con que Dios ha querido dar sabor a la vida de los pobres.

«Salir» desde lo hondo de la pobreza humana:

La vida religiosa no puede prescindir de la experiencia contemplativa del misterio de Dios, pues está llamada a imitar lo que contempla, a vivir lo que escucha, a dar el evangelio que ha recibido.

⁶⁵ Cf. Mt 4, 4.

⁶⁶ Dt 8, 3.

⁶⁷ Mt 15, 18.

⁶⁸ “Nos da náuseas ese pan sin sustancia”: Núm 21, 5.

⁶⁹ Cf. Jn 1, 11.

Pero el corazón no se abrirá a la gracia de esa experiencia si la compasión no lo ha abierto antes al dolor de los oprimidos.

No creo equivocarme si digo que los religiosos hemos nacido todos mirando a Dios y a los pobres.

El pobre, ya sea el otro, ya sea yo mismo, es el lugar teológico donde se descubre la verdad del rostro de Dios, es la identidad que Dios ha querido darse; y los nombres de los pobres son los nombres con que Dios ha querido llamarse.

Es decir, que la experiencia de Dios, siempre necesaria para que la vida religiosa salga a la misión, es inseparable de la vida de los pobres. Lo cual me lleva a sospechar que, una de las muchas causas del oscurecimiento de la vida religiosa en la Iglesia, ha sido y es nuestro alejamiento de las víctimas de la injusticia, nuestra indolencia frente al indigente y al pobre⁷⁰, nuestra complicidad en el desarrollo de la globalización de la indiferencia⁷¹.

Apartándonos de los pobres, interiorizamos de forma inconsciente las razones del mundo, las del poder, las del dinero, y desahuciamos del corazón las razones del evangelio.

“Yo soy pobre”:

Una primera forma de pobreza que los consagrados habrán de conocer por experiencia personal es la que describe el salmista, cuando dice: “**Yo soy pobre** y desgraciado: oh Dios, socórreme, que tú eres mi auxilio y mi liberación. ¡Señor, no tardes!”⁷² La misma experiencia que expresan las palabras de aquel otro salmo: “Líbrame por tu bondadoso amor, porque **soy** humilde y **pobre**”⁷³.

Esa necesidad experimentada, tan radical y tan personal que no encontrarás en ti mismo modo alguno de satisfacerla, será la puerta por la que entres al mismo tiempo en la casa de la humildad, en el misterio del amor que es Dios, en el abismo de la gratuidad de ese amor.

Tu pobreza te acercará a la verdad de ti mismo y a la verdad de Dios.

Y desde ahí, desde la verdad, te nacerán palabras de confianza para tu súplica, se te dará disponibilidad para la aceptación de ti mismo y la comprensión de los demás, y la vida se te hará un cántico siempre nuevo de agradecimiento y alabanza para tu Dios.

Pero estamos hablando de una verdad –“**yo soy pobre**”- que no se aprende en los libros, sino que se recibe como fruto de un proceso interior de crecimiento en la fe y de profundización en el conocimiento de nosotros mismos. Hablamos de una sabiduría que viene de lo alto y que se adquiere poniendo cada día nuestra vida bajo la luz del amor que Dios nos tiene, hasta que veamos lo que somos: “**Yo soy pobre**”.

La meta de ese proceso interior no es que optemos por una pobreza que no tenemos, sino que reconozcamos una pobreza radical que siempre nos tiene, porque es propia de la condición humana, tanto que podríamos identificarla con la misma condición humana, con la debilidad de nuestra carne, con la carne de nuestra debilidad.

Y ésta es pobreza que, siendo de todos, todos hemos de trabajar para reconocerla como nuestra y abrazarla, de modo que, desposados con ella, podamos decir delante del Señor: **Yo soy pobre**.

Dios es pobre:

Esa pobreza nuestra es la que hizo suya la Palabra que en el principio estaba junto a Dios, la Palabra que era Dios, de la que se dice: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre

⁷⁰ Cf. Ez 16, 49: “Ésta fue la culpa de Sodoma y sus ciudades: soberbia, saciedad y despreocupada indolencia, sin socorrer ni al indigente ni al pobre”.

⁷¹ Cf. Papa Francisco, Exhortación apostólica « *Evangelii Gaudium* », n° 54.

⁷² Sal 70 6: egenus et pauper.

⁷³ 109, 21-22: egenus et pauper. Al traducir “egenus” por humilde, se pierde, creo yo, el significado obvio de la palabra, que es el de “necesitado”.

nosotros”⁷⁴. Se trata de la carne de nuestra debilidad, con la que el Altísimo Hijo de Dios se ha desposado para siempre.

La encarnación, revelación asombrosa del compromiso definitivo de la Palabra de Dios con la debilidad del hombre, es también revelación del compromiso de Dios con los pobres: “Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza”⁷⁵.

Conocéis al Dios de la revelación, al Dios de la encarnación, al Dios que se despoja de sí mismo, al Dios que es caridad, al Dios que es de los pobres, al Dios que es para los pobres.

A nosotros se nos ha concedido conocer en plenitud lo que nuestros padres en la fe habían podido intuir a la luz de su propia historia: “Señor, tú eres mi Dios; te ensalzaré y alabaré tu nombre... porque fuiste fortaleza para el débil, fortaleza para el pobre en su aflicción, refugio en la tempestad, sombra en el calor”⁷⁶.

El profeta había visto a Dios cerca de los pobres. El apóstol lo vio pobre. Y tu fe intuye –lo digo de la vida religiosa- que en tu relación con los pobres estás llamada a ser “perfecta” como lo es tu Dios: a estar cerca de ellos, a hacerte pobre por ellos, a ser pobre con ellos.

Conclusión:

Sólo un ciego no ve que nos hallamos en condiciones óptimas para salir a la misión: Somos pocos y con fecha de caducidad cercana a su límite; no nos queda más fuerza que la de nuestra debilidad; Abrán y Sara, ancianos y sin hijos, son un icono que muy bien representa esta etapa de nuestra vida. Lo dicho, no hallamos en las condiciones requeridas para salir confiados de nuestra tierra hacia la tierra que el Señor nos mostrará.

Se me ha preguntado desde qué experiencia de Dios salimos. Y esto es lo que creo se puede responder: La vida religiosa sale a la misión en comunión con un Dios que se ha hecho pobre para los pobres.

Siguiendo a Cristo pobre, vas al encuentro de Cristo en los pobres.

⁷⁴ Jn 1, 14.

⁷⁵ 2 Cor 8, 9: propter vos egenus factus est, cum esset dives, ut illius inopia vos divites essetis.

⁷⁶ Is 25, 1. 4.